

Córdova, J.M. de C...

Vocación y destino de José María Córdova



Dr. Alfonso García Isaza - Abogado U.P.B.

Trabajo reglamentario como miembro de número en 1ª Academia Antioqueña de Historia, presentado durante la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1979 como Homenaje al General de División José María Córdova.

La Academia Antioqueña de Historia destinada a recoger y exaltar y enseñar las más altas vibraciones de la tarea humana en la nación y en Antioquia, no podía dejar pasar inadvertidamente esta solemnidad, sin tributar un homenaje así sea modesto pero fervoroso y agradecido a José María Córdova, nombre insignia de la raza en el sesquicentenario de su pasión y de su muerte. Está en la más alta esfera de la grandeza humana. Por días, por años, por siglo y medio, el pueblo instintivamente comprende que esa cifra del valor, ese adalid de la libertad y de la gloria está hecho de las más poderosas tensiones humanas de América, de la patria, de la entraña antioqueña. Y que ese nombre ya augusto con los limitados alcances que le da su ademán incomparable, con el nimbo indeficiente de su gloria cada vez más se proyecta sobre los abismos del tiempo con la magnitud del mito.

En esta hora de veneración y reconocimiento considero que está bien detenernos por algunos momentos, en reflexionar con el corazón encendido pero la mente clara sobre lo que constituyó la explicación de su dominadora presencia histórica, esto es, su vocación y su destino.

Nacido en Concepción, como vástago de un linaje cuyo origen rastrea en la leyenda, con sangre barboseña, despierta a la razón en San Vicente y recibe el influjo indudable de esa zona geográfica y humana recia y belicosa conformándose así la nebulosa de raza y medio que muy pronto empieza a tener su definición estelar en Santiago de Arma de Rionegro cuando en su inicial trashumancia puede permanecer en ese lugar el tiempo que le fue necesario para ver clarear su destino de gloria y de libertad. Don Juan del Corral había trasladado allí el epicentro de la revolución, allí se reunió el primer colegio constituyente de Antioquia. Ciudad comercial y centro minero que había sentido el huracán comunero de Guarne y de la Mosca el apacible ambiente de viejo burgo espa-

ñol se transforma a la llegada del dictador antioqueño en centro de efervescencia militar, de urgencias administrativas del gobierno revolucionario. Caldas y Ulloa soplan y atizan esa candela a su manera juntando a la Ciencia y la milicia que no otra cosa fue la escuela de Ingenieros militares, de maestranza que entonces fundaron.

Todo eso era nuevo, extraño para la ciudad leonada y para el imberbe gañán de Concepción. Por lo mismo atrayente para su briosa curiosidad de muchacho, al sentir que sus días se desgranaban en un ambiente de claros arrestos nada parecido al agrícola y pastoril de la Concha y San Vicente. Haya estado o no en los bancos de la escuela de Ingenieros, el hecho es que se encuentra envuelto por todas partes en las reverberaciones libertarias del Rionegro de 1814, comprende que hay otro destino diferente de ordeñar vacas, arrear terneros, cuidar de la tierra y comerciar caseramente o aventurándose peligrosamente como hubo de saberlo personalmente más allá de los amables cerros y vegas de su pueblo.

En 1814 llega a Rionegro Manuel de Roesgas de Serviez y lo que antes para Córdova era expectativa y talante, se transformaba en acción inmediata. No se ha valorado suficientemente la importancia de este sujeto llegado hasta nosotros dentro de una onda de extrañas aventuras, de mando y pericia militar singulares, de increíble energía, toda una espada napoleónica que bien pudo haber cambiado favorablemente la suerte del país a la caída de la primera república, de haberse atendido sus planteamientos y en medio del desbarajuste de 1816 era el único personaje que inquietaba seriamente al pacificador. Hubo entre el gañán levantisco y el recio guerrero una espontánea y recíproca atracción que indudablemente fue inconsciente adivinación de aquél que la hombría del segundo y en éste de la futura, excepcional carrera de Córdova.

hombres indómitos, conducía batallas, inventaba recursos, lanzaba proclamas, era el hombre providencial para América y dentro de las premoniciones inconscientes de Córdova, bien pudo entender que en Bolívar estaba su destino. He aquí el hombre. Bolívar, a su vez, cuya capacidad para conocer a los hombres era excepcional, le da el toque de gracia al mozalbeta cuya disposición para las armas es manifiesta. Las dos voluntades se conjugan maravillosamente y desde entonces la gloria de Córdova se une indisolublemente a la de Bolívar. En Guayana, lo incorpora de inmediato a su estado mayor general y después de Boyacá le encomienda la campaña Libertadora de Antioquia, a renglón seguido, sin que el muchacho haya cumplido veinte años. Antioquia era el centro del país y había que tomarlo ante todo. Se cortaría de esta forma la vinculación realista del norte y sur, fuertes aún y contumaces. Panamá, Cartagena, Santa Marta, Popayán y Pasto. Era esta Provincia un inagotable recurso económico, la vía hacia el Chocó y donde la estabilidad de la República tendría su mejor soporte por la índole misma de su pueblo. No era, sin embargo, una empresa fácil. Antioquia desconocía los horrores de la pacificación y de la guerra en la forma implacable de Bogotá y Caracas. Córdova llegaría a levantar los ánimos, a promover el interés por la Independencia. Claro que estaba Marinilla ya independiente del poder español como él lo afirma en su primer informe. Allí estaba el verbo de la Independencia de Antioquia, el padre Jorge Ramón de Posada, que le suministra a la extenuada columna libertadora hombres y dinero y emocionado y eficaz entusiasmo, allí José Urrea con sus cien hombres espontáneos, allí doña Simona de la Luz y sus hijos, allí el recursivo Alcalde Botero, allí todo un pueblo delirante de libertad mientras muy cerca y en mucha parte de Antioquia, la gente estaba adormilada, remolona, bajo el sopor de la inercia colonial y el temor en muchos al riesgo de estrenar la libertad. Por lo de-

más, quién iba a creer en ese paisano sin mucha alcurnia social, sin mayores letras, desconocido en la parroquia villa de la Candelaria, en la lejana Santa Fé de Antioquia, que frisaba en una edad casi adolescente que no da margen sino a desórdenes y desvíos, que a primera vista su más lucido desempeño sería el de galán joven dada su hermosa figura varonil, o a lo sumo de un primerizo edecán de ayudantía?

Pero Bolívar no se equivocó. En breve tiempo con contingentes de soldados cuyo número hoy apenas serviría para una modesta parada militar, muchos de ellos reclutas aún, Córdova, entre lúcido y despistado, saliendo apenas de la inconsciencia en que lo dejó la caída del caballo en las fiestas de septiembre, rápido, audaz, cruel y arrojado, con un manejo de militar y funcionario que asustaba al propio gobernador Restrepo, dirige la campaña de Antioquia, el Chocó y el Magdalena. Es entonces el Comandante, el conductor, no propiamente de unos soldados, sino de un pueblo. Seguramente, no hay en esta campaña alta técnica ni gigantescas ni espectaculares movilizaciones, todo se redujo a combates, asaltos, a veces recios, brutales como en Tenerife, casi que enfrentamientos de meras guerrillas pero por primera vez dirigía una expedición con amplios poderes, estaba al frente de una empresa decisiva para la suerte de Nueva Granada, para Antioquia. Cuarenta y cuatro años después Berrío —el grande— también con soldados del Oriente y del Norte guía una campaña de tamaño magnitud histórica para perfilar definitivamente a Antioquia. 1820, 1864 son los hitos fundamentales de nuestra era republicana. De otra parte la inolvidable acción de Córdova no era un cabo suelto en la obra libertadora de América. En ella adquirió verdadera importancia, se cubrió de gloria literalmente, saltó al primer plano de la escena colombiana. Estaba hecho todo entero. Antes había demostrado su valor, su disciplina, su entrega total al ser-

vicio de las armas libertadoras, era un completo soldado, ahora en Antioquia, en el Magdalena es ya un verdadero capitán de sí mismo y de su gente.

Posteriormente tendrá acciones de armas de mayor rigor táctico como la breve campaña contra las renovadas y temibles

chíncha con 150 hombres en la acometida triunfal; o de mayor inspiración y grandeza como en Ayacucho donde el héroe culmina con el grito que remata como un himno la emancipación de América.

Con todo, sus hechos posteriores, las actuaciones que siguen en la vida de nues-



Oleo al General José María Córdova por el pintor León Cano.
(Foto de Sánchez Cuéllar. Archivo de El Colombiano).

fuerzas de Agualongo venciéndolas dentro de una homérica retirada sobre los abismos y desfiladeros del Sur, de la que Córdova se enorgullecía considerándola como su mayor logro táctico, su más lúcida campaña; verdaderas batallas donde su audacia llega al colmo en el momento mismo de las definiciones de la lucha como en Pi-

tro hombre y que de día en día ascienden hasta la gloria de Ayacucho llevan de seguro el impulso de esa Campaña vinculada tan hondamente a su corazón y definida tan favorablemente para los intereses del país y del continente.

No hay en la historia de Colombia y difí-

cilmente habrá un ejemplo de más completa dedicación militar que se le pueda parangonar en la historia de América. Fue la vocación guerrera por antonomasia. Supone la guerra el empeño hasta la muerte desafiando todos los riesgos de la entrega de toda la actividad humana en aras de un fin que se considera fundamental. Va en ella la totalidad del hombre y de su destino. Es la extrema decisión que afrontan los hombres y los pueblos por subsistir, por dominar o por ser libres.

Dedicarse a ella por la libertad o la gloria, fue el imperativo de su propio espíritu que lo hizo profeta de su alto destino. "Creo muy bien . . . decía después de Chorro-Blancos a Santander —y mi orgullo es tan grande, que no es el estrecho círculo de Antioquia el que me cubra de Gloria, o será Cartagena o Quito", y pocos días más tarde le insistía: "Como yo amo a una muchacha muy bonita, sólo aguardo ser coronel, después de 10 batallas en la Campaña de Guayaquil, donde saludaremos las tropas de Buenos Aires, para casarme". Y al mes siguiente: "Por Dios mándeme pronto con mi batallón a tomar a Mompós y Santa Marta o a Popayán . . .". Ese mismo imperativo le creó la exacta dimensión de su capacidad, y así lo comprendió bien pronto. Era todo un militar y no un administrador ni político: "yo no sé nada de gobierno" le dice a Santander al iniciar la campaña de Antioquia y al aceptar el puesto de ministro interino en la corte marcial del país advierte que lo hace y que "será mientras haya ocasión de volver a los campos de batalla donde únicamente creo poder ser útil a la patria . . .".

Córdova estaba tan connaturalizado con el destino de América que pudo afirmar después de Ayacucho: "Yo tengo la mayor satisfacción de haberme hallado en Ayacucho, el cielo me ha colmado mis deseos de marchar con el Ejército a todas partes donde haya enemigos de la América que pisen su territorio y hallarme en la última batalla, y espero que esta sea la de Ayacucho".

Jamás se separó del servicio activo. Fueron los años de la guerra de liberación un permanente batallar ininterrumpido ni aún por la desaparición de su padre y la inminente miseria de su familia. Fue una donación total de sí mismo con una generosidad excepcional. No pensó sino en la gloria y en la libertad de Colombia y de América. Jamás se le vió caminar de algún medro personal indebido y menos constituir feudo alguno para sí.

Los rasgos de su vocación nos entregan una figura personalísima en el panorama de la independencia del continente. Sorprende que extraído de la entraña popular, troquelado en el infierno del Llano, en permanente y arduo servicio, pensara y actuara en superar sus limitaciones intelectuales con el estudio de las matemáticas, la lectura de los clásicos, su afición al idioma francés, y el vivo interés de ilustrarse en las disciplinas castrenses, superación que delata su letra casi que de caligrafía. Tan valiente y arrojado como cualquiera de los caudillos venezolanos los vence en generosidad, conocimientos generales, distinción personal, fidelidad a la ley y al Libertador. Su temperamento agresivo, sus actitudes presuntuosas, sus crueles demasías quizás sin que el rigor de la guerra las exigiera no llegan a los grados de exceso de esas mismas figuras en términos generales. Y no tiene semejanzas con ninguno de los colombianos. Ya se ha dicho que fue la mayor vocación guerrera y a ella se entregó con una lógica vital, si así puede decirse, que no admite variaciones ni adiciones extrañas a su naturaleza y sólo cuando la desatiende y es arrojado a los pantanos de la política entra en su ominoso final. Mientras Santander fue ante todo el administrador, el político, Nariño el precursor y sólo militar casi que a la fuerza; Liborio Mejía, García Rovira, Girardot, Ricaurte, colegiales que suspendían sus estudios mientras conquistaban la independencia y Mosquera tan insignificante en sus inicios y Obando y López los tres con mucho de ambiciones por dominar lo que podrían

considerar su feudo caucano y sureño Córdova era el guerrero por antonomasia que entregándose a su ideal sin menoscabarlo, sale vencedor en la refriega en los momentos supremos que los afronta con ese acopio de dones que lo inspiran para decidir el triunfo que con él fue siempre ineludible bien en el encuentro, en la batalla, en el dominio de la sublevación. Vencer o morir. Expresa o tácitamente es la divisa de su acción. No admitió término medio.

paraliza con su presencia y sus soldados audaz intentona del Brasil, son una gesta inolvidable en la historia que une irrevocablemente para la inmortalidad esos dos nombres. Rara vez se dió una compenetración recíproca de tan altas ejecutorias.

Terminada la guerra con la espléndida definición de Ayacucho y la organización política de Bolivia la vocación de Córdova



-Dibujo de Osorio-
(Propiedad de El Colombiano)

Le faltó sin duda el vuelo de Sucre que era un estratega prodigiosa a la par o acaso superior a Bolívar, su piedad humana, su sabiduría en manejar a los hombres, en orientar acontecimientos y crear naciones, pero la espada de Córdova fue complemento admirable de la del gran Mariscal. Pichincha, Taindala, Yacuanquer, Pasto, la marcha homérica por la sierra peruana hasta culminar en Ayacucho y en la conformación del estado boliviano desde donde

continúa fiel a lo mejor de si misma, a la ley y ante todo al Libertador. Mientras empezaba a formarse el cerco de la incomprensión, de las consejas disolventes, de los malos entendidos y las espadas ambiciosas rompen el mapa de Colombia para su beneficio personal y Bolívar da a ratos palos de ciego, Córdova lo defiende de los puñales de septiembre, vence los primeros retozos de Obando y López en el sur de la Nueva Granada o se sujeta ejemplarmente

a la definición de los jueces en el oscuro caso de la muerte del sargento Valdés o atiende correctamente los ordenamientos oficiales. Pero primeramente el Libertador. Para Córdova en él estaba la salud de la nación, la integridad y el porvenir de la misma. En más de diez años desde el primer encuentro con Bolívar jamás dudó de que en este hombre se hallaba siempre la solución oportuna en las dificultades y peripecias de la guerra y de la paz. Todos esos años, años de lucha y creación, habían confirmado lo que en un principio fue clarividencia en Córdova, la certeza indudable de que Bolívar era el adalid providencial. En tanto que la amistad del Libertador y el Hombre de las Leyes dentro de la lógica de sus respectivos planteamientos y modos de ver y tratar el proceso político se debilita al través de los años progresivamente hasta romperse, la lealtad de Córdova permanecía indemne, sin menoscabarse y el héroe se colocaba claramente de parte del Libertador. Desconoce la convención de Ocaña "cuya mayoría —afirma— es una gavilla de enemigos del Libertador" en carta a su hermano Salvador. "Yo estoy firmemente resuelto a parecer primero que permitir que Santander, Soto, Azuero, y los pícaros de su partido manden en la Nueva Granada . . .". Asume la devaluación de la conjura septembrina duramente y mete en cintura a López y Obando que tratan de prolongar en el Sur los efectos de la conspiración.

En el epistolario del héroe hay dos cartas, una a Salvador su hermano y otra a Manuel Antonio Jaramillo su cuñado donde expresa exaltadamente su adhesión irrestricta al Libertador. En abril 27 de 1828 dícele al primero: "Yo quiero un gobierno fuerte, como el de una monarquía, pero sujeto a leyes y enlazado con cámaras, bastante parecido al de Inglaterra, aunque sin noblezas de Lores, condes, etc. . ." y al segundo y en la misma fecha: "Colombia sólo existía con un gobierno fuerte y vigoroso, a cuya cabeza esté el Libertador; que si no es así se pierde . . .". No hay

ninguna prueba respetable que sirva para enjuiciar una actitud monárquica en Bolívar y en los ires y venires de su pensamiento de existir el principio de una sospecha en el supuesto caso de haberla, carece de la rotundidad, de la claridad como se manifiesta Córdova por esta forma de gobierno. De estas cartas fechadas el mismo día se deduce una concepción del mando a cuya cabeza debe estar Bolívar sedente en un trono, con corona y cetro y manto real a la manera inglesa. Adicto a la dictadura como lo está históricamente reconocido Córdova también aparece envuelto por la ola monárquica que se agitó entre nosotros. Al menos así lo indican estas cartas a sus íntimos para los cuales carecía de reservas.

Abruptamente esa lealtad al Libertador empieza a trastabillar y es asunto trágico pensar que en el inquieto sur del país a donde llegaba a debelar las prolongaciones de la conspiración septembrina es precisamente el lugar donde se arma la sospecha, se instila el tósigo de la conseja malévolas que empieza rápidamente a dar fruto venenoso hasta precipitar al héroe en su locura. No antes sino desde entonces viene un repentino reajuste y cambio de ideas que lo sitúan en una posición opuesta diametralmente a la de hacía pocos días. Santander aparece entonces ante Córdova como el salvador, Páez como su posible compañero de sublevación y la constitución de Cúcuta digna de defenderla con su espada. Es bien sabido como ese aire enrarecido que se expandía por toda la nación se concentra en Popayán para destruir al guerrero glorioso. "El bizarro coronel Mosquera dió principio con una inconsecuencia y mil calumnias a prevenir al Libertador contra mí" dice en carta de junio 21 de 1829. Este mismo coronel vencido en la Ladera y por esta causa reconvenido enérgicamente por Córdova, años más tarde en su "Testamento político" después de haber convulsionado para bien y para mal a la república se reconoce como

“el principio de la desavenencia de Córdoba con el Libertador”. El encadenamiento de prejuicios, de hechos equívocos, dudas del Libertador, del nombramiento de Córdoba como ministro de Marina que recibió como una ofensa pero que acepta sin embargo; la famosa carta de Jiménez con una amenaza de muerte para Córdoba cuya autoría la niega rotundamente el Libertador en otra misiva que no llega a manos de la presunta víctima es un doloroso proceso de insondables proyecciones dentro del cual las sombras de Manuelita, de Espinar, de Urdaneta, del mismo O’leary rondan tenebrosamente acumulando mayores e irresistibles tensiones, abriendo brechas insalvables.

Sólo amenos de seis meses de su muerte Córdoba empieza a inquietarse con la idea revolucionaria. Pero no toma una decisión enérgica. Su alma se torna pendular, oscilante y los abismos que se abren en su alma quizá ni el mismo los pudo sondear. No era posible separar al héroe del hombre. Eran sus decisiones inmediatas, definidas, enérgicas tomas al calor de la guerra; suyo era el mando castrense riguroso, claro sin dubitaciones. Ahora se hunde en la política ondulante, sinuosa, erizada de sospechas, de acechanzas, de agresivos silencios bien desconocida para él.

Muy distante se halla el libertador casi que desentendido de Nueva Granada, desfigurado ante sus ojos. Las grandes batallas, las épicas movilizaciones de tropas han llegado a su fin, Córdoba se siente en el aire y adquieren resonancia las palabras con que se queja ante O’leary meses antes: “ya no hay campañas, ya no hay enemigos, ya no me necesita para nada . . .”.

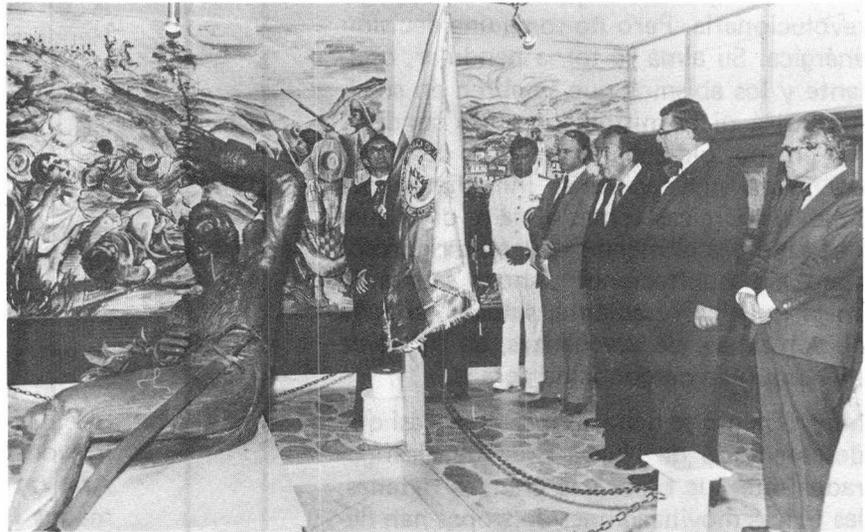
Desde Bogotá manda un Consejo de Ministros mediocre, rencoroso, despistado por el embeleco de la monarquía que es la moda que sacude el continente. Es un manípulo conformado por Castilio y Rada experto en hacienda pública, Restrepo tan excelente historiador como escéptico

y remelón en asuntos políticos y administrativos, Urdaneta con alma atrabiliaria e implacable y el diplomático Vergara. Tan notables personalidades no pudieron llenar el vacío dejado por Bolívar y, hay que reconocerlo, por el mismo Santander.

“No veo en el interior de Nueva Granada ningún ambicioso a dominarla; el único que tiene algún prestigio militar soy yo . . . Poniéndome yo a la cabeza de las tropas de este Departamento hasta el de Boyacá. Quién me resiste?” i escribe a su cuñado Manuel Antonio. Sin embargo con la misma fecha, julio 29 del 29 se dirige a O’leary en relación con su nombramiento como representante por Antioquia: “qué va a saber de leyes un soldado”. Pero quiere posesionarse del cargo popular “para imponerme bien las cosas, y según se presenten, elegir mi partido”. A su amigo y futuro suegro el cónsul Henderson quien está al tanto del pensamiento de Córdoba, en agosto 9, un mes antes de la revolución, le informa que acepta el ministerio de Marina y le confirma su viaje a Bogotá después de estar en Antioquia, a fines de octubre o principios de noviembre. En Antioquia rodeado de su gente, en Rionegro a pesar de los entusiasmos de una juventud en son de guerra que delirantemente lo sigue atempera su actitud de rebeldía. Forma, inicialmente, un ambiente entre los suyos favorable al alzamiento pero su decisión no es irrevocable. Las voces de cordura de Aranzazu, de Mendoza y aún la de sus hermanos Salvador y Manuel Antonio lo disuaden del intento, todavía atiende a la prudencia, domina el ímpetu avasallante y aplaza el pronunciamiento. Sólo un hecho que se le escapa de las manos lo precipita a la revuelta. Francisco Urdaneta enviado por el Consejo de ministro a afrontar la posible sedición, una vez tiene conocimiento de los conciliábulos de Rionegro, se apresta a arrestar a Córdoba. El héroe no puede dejarse acorralar ni ser vencido fácilmente. De nuevo torna a colocarse, y en esta ocasión de una vez por todas, frente al dilema irrevocable de vencer o morir

y con el arrojo de mejores días desnuda la espada de la libertad y de la gloria. La vía dolorosa que entonces recorre, sus proclamas desbordantes de ideas democráticas como de neófito de última hora, sus marchas y contramarchas, el desánimo de quienes fueron sus mejores soldados, las traiciones y deserciones, sus brabuconadas como la de quemar a Marinilla cuya gente esta vez no le acompañó, su final embestida en El Santuario con un denuedo que pone en jaque a O'leary por algún momento y su afrentosa muerte a manos de sus antiguos conmlitos de días victoriosos, todo eso lo sabemos como si lo hubiésemos vivido y padecido y sentimos su sacrificio como el de un hermano cuya cruenta desaparición nos lacera incurablemente.

Pero no hay que circunscribir este doloroso capítulo a las dimensiones meramente biográficas del héroe. Hace parte del proceso tempestuoso y trágico de la libertad particularmente en nuestro continente. Aquí también como en otras latitudes inaugurar la libertad conlleva un estremecimiento, un sismo devastador, largo y penoso. Amarga ha sido siempre la pedagogía de la libertad, contradictoria además, y América joven, inexperta y casi salvaje no podía sustraerse a esa ley de la vida. La libertad abre caminos frecuentemente difíciles de transitar donde el pueblo tiene que orientarse a tientas hasta lograr su madurez. De equivocarse en ese tránsito puede terminar en nuevas servidumbres. A veces podía pensarse que la libertad para purificarse tiene que devo-



Entrega de Banderas de Guerra al Batallón José María Córdova y el "ARC Córdova".

(Foto Jorge Zuleta Z.).
El Colombiano

rar a sus propios creadores. En menos de diez años muchos de los caudillos de la emancipación americana desaparecen de la escena arrastrados y tragados por el vendaval libertario. En nuestra historia nacional basta considerar que en poco más de un año la tríada más vigorosa de nuestra gue-

rra de independencia se desintegra totalmente. Bolívar el hombre de las dificultades que dentro de la guerra supo superarlas asombrosamente sucumbe melancólicamente en la creación del orden, de la ley. Sucre, la más alta cumbre moral de la independencia americana parece como el justo Abel cuando más necesitaba Colombia de sus servicios. Y Córdova.

La libertad como los grandes ríos a veces es tumultuosa, abismal, a veces revuelta y turbia y para aprovechar su poderoso caudal y no perdernos en él debemos alertar permanentemente el espíritu, aguzar la inteligencia, disciplinar la voluntad en el afán que trae cada día y cada tiempo. Es claro que las circunstancias han cambiado. La libertad tiene ahora sus riesgos y sus exigencias diferentes a los que tuvieron que asumir y atender nuestros héroes pero por eso no son menos temibles los peligros ni menos imperativas sus urgencias. Hay que defender, continuar

y completar la obra de nuestros eupátridas tan golpeada en estos tiempos por ideologías de todas las vertientes, lo mejor de nuestra idiosincrasia que ellos ayudaron a conformar tan viciada ya por rumbos del vivir colectivo como el materialismo y consumismo que nos invade formas que tarde que temprano conducen también a la delincuencia de la libertad.

Nada nuevo he podido agregar a la tradicional semblanza del héroe. Pero los hechos de su vida, las dimensiones de sus hazañas siempre que se recuerdan destellan esa fuerza renovadora que tiene la grandeza. Por eso los hemos venido repitiendo de generación en generación y he aquí como a ciento cincuenta años de su muerte, limpio ya del barro impuro y frágil que le cupo en suerte se alza ante nosotros con tan viva presencia como en sus ocasiones más altas de guerrero señalándonos de nuevo el horizonte ilímite de la libertad y de la gloria.